

## REVISTA TEATRAL.

## INTRODUCCION.

Pocas veces habrán visto nuestros lectores ocupadas las columnas del Semanario con artículos de crítica dramática y aun no habrá faltado quizá quien atribuya semejante silencio á desvío ó indiferencia cuando menos hacia esta bella rama del árbol literario. Muy de ligero nos juzgaría quien de tal modo nos juzgase, porque mal se abrigarían en un mismo pecho el entusiasmo artístico de que creemos haber dado algunas pruebas, y la frialdad por el que, atendido el carácter de la moderna civilización, tiene mas importancias porvenir y mas influjo que otro alguno. La causa que nos ha quitado cien veces la pluma de la mano, es la amarga necesidad de aparecer severos, y de lamentarnos con los hombres sensatos de nuestro país del torcido giro y errada dirección que en nuestros días hemos visto dar al teatro. La tarea de alabar es blanda y llevadera á todas luces, pero triste y desabrida á mas no poder, la de menoscabar quizá reputaciones ya consolidadas, y disminuir el valor de esfuerzos muchas veces laudables y llenos de conciencia. Tal es la explicación de nuestra conducta, y de cierto erraría quien le buscara otra.

Por fortuna nuestra y de las letras españolas, ocasiones ha habido de algunos años á esta parte en que la musa dramática castellana ha levantado su vuelo libre y audaz, y en que por lo mismo se ha llenado de esperanza el corazón de sus apasionados y admiradores. Párecenos que no estará demas hacer una breve reseña de la marcha del teatro entre nosotros durante este corto periodo, y de los motivos que han preparado y debido preparar las forzosas alteraciones que ha sufrido.

Si es cierto como tantas veces se ha dicho que las artes revelan el estado de la sociedad que las cria y alimenta en su seno, y que fieles barómetros de su poder y decadencia, cuantos sucesos alteran su fisonomía vienen á sentirse en ellas como un eco, no carecerá absolutamente de fundamento atribuir la muerte de nuestro maravilloso teatro antiguo, atacado ya de consunción en los aciagos días del reinado de Carlos II, á la subida de un nieto de San Luis al trono español y á la influencia siempre creciente que con tanto menoscabo de nuestra nacionalidad comenzó á ejercer en nosotros la corte de Versalles. El gran siglo de Luis XIV derramaba á la sazón sus resplandores por la Europa entera, y no es mucho que su brillo eclipsase los moribundos destellos de la literatura española. La cuestión de las formas triunfó completamente de la nacionalidad y por lo mismo de la filosofía de nuestro teatro, y todo lo que fue salirse de la imitación de las obras elegantes, puras y castigadas, pero no pocas veces amaneradas y frías de la escena francesa, hubo de pasar forzosamente por un retroceso á la barbarie. Lamentable extravío que sin arraigar en nuestro plantel literario una planta exótica, ajena de su suelo y de nuestra simpatía, ponía nuestros ingenios al sueldo y merced de inspiraciones extrañas; apagaba la antorcha de nuestra historia con tanto fruto encendida por los padres de nuestro teatro, y reemplazaba los heroes que en Flandes, en Alemania, en Italia, en Africa y en América llevaban tendida al aire la triunfante bandera española, y que tan hermosos recuerdos habian dejado en nosotros, con los semidioses y personajes fabulosos

de la antigüedad, incomprensibles para un pueblo cabal- leresco y cristiano cuando aparecían en su desnudez y bajo sus formas verdaderas; falsos y de poco efecto cuando nos los mostraban adornados con los palaciegos atavios y cortésano lenguaje de la corte del gran rey.

Y sin embargo si hemos de ser justos, fuerza es decir que esta intolerancia y estrechez que se introdujo por entonces en el dogma literario, reduciendo á mas escasos límites la esfera de las inspiraciones, evitó tambien de este modo la ocasion de los extravíos que despues de Cañizares afearon nuestra escena; y que asentando ciertas bases de exacta proporción y recto criterio, devolvió á la razón su autoridad malamente perdida, é introdujo, aunque en escala harto mezquina, las maravillas del orden y las bellezas de la armonía. De este modo restituyendo los espíritus á senderos ya trillados pero llanos y agradables, y separándoles de la senda incierta y escabrosa en que tan sin cordura se habian empeñado, la escuela de las formas prestó un servicio emiiente á las letras, porque introdujo en ellas las ventajas del método.

Desconocer semejantes beneficios no haría honor á nuestra imparcialidad y buena fé.

Como quiera, aquella sencillez griega que predicaba y ponía en práctica, no era alimento bastante á un pueblo de imaginación ardiente y desasosegada, regalado con las lozanas bellezas del caballeresco Calderon, con la facilidad, galas y ternura del delicado Lope, ó con las malicias atrevidas y picantes del epigramático Tirso de Molina. Asi fue, que sin fuerza para plantear su sistema y consolidar el orden, única belleza que tenia en estima, vió invadido el teatro por las ineptias lloronas y sentimentales de Comella, Zabala y comparsa, que para volver á la nada de donde nunca debieran haber salido, necesitaron nada menos que la ruda y merecida lección que Moratin les dió en su bellísima *Comedia nueva*.

Este ingenio lleno de laboriosidad y de talento, gran creador de caracteres, consumado pintor de costumbres, y aun consumado hablista, llevó á su apogeo la escuela de las formas entre nosotros, y le dió toda la popularidad de que en nuestro entender es susceptible; pero faltó de travesura en sus invenciones, escaso de enredo dramático, y poco enérgico en la pintura de las pasiones y vaivenes del corazón, tampoco pudo volver al teatro español la influencia justa y merecida que en España y fuera de ella alcanzó en tiempos mas prósperos.

De todos modos, juzgamos que una vez conseguido el importante fin de atajar desmanes de tanto bulto como los que hallaron cabida antes de su dominación, la escuela de las formas, ó sea de la imitación de los antiguos, debió dar esvanche al símbolo de sus doctrinas, y hacer lugar á una época nueva, desnudándose de todo carácter esclusivo y reaccionario, y abriendo finalmente la puerta á una regeneración preparada bajo su influjo y disciplina, y por lo tanto mesurada, prudente y comedida. Porque en verdad si hubiera podido prescindir de sus exigencias y pretensiones como partido, fácil le hubiera sido conocer que las bellezas del mundo moral, bien asi como las del físico, no consisten únicamente en la regularidad y en el orden, que la imitación es de suyo estéril y angosta, y que las reglas que no tienen por base el orden eterno é incontrastable de las cosas, lejos de servir al genio de estímulo y ayuda, le traban y embarazan con notable perjuicio de los adelantos generales. Por fortuna son estas flacas ligaduras para el que siente en su corazón aquel destello de la divinidad; y pasado el momento del escándalo, la brillantez del resultado y la nueva luz que ilumina el campo de las ideas, califican el atrevimiento y canonizan el cisma. Tal debió de suceder con la escuela

de las formas cuando su autoridad dejó de ser legítima, cuando reducidos ya los vuelos de la poesía á la esfera de la filosofía y de la razón, se vió que no alcanzaba á reflejar el estado moral de la sociedad, ni á ser el intérprete de la religión, preocupaciones y principios de los pueblos modernos. Consecuencia natural era esta de su origen y condiciones, porque realmente es imposible que dos sociedades separadas una de otra por el abismo de los tiempos y por la contraria índole de sus religiones, encuentren una misma expresión en que quepan sentimientos y creencias tan diversas. Sin duda que hay afectos y pasiones en el corazón del hombre comunes á todas las sociedades, cualquiera que sea el estado de sus progresos y mejoras; pero no es menos cierto que las edades y las revoluciones modifican de tal suerte este fondo común, que su fisonomía llega á cambiar enteramente, y es menester la vista de un filósofo para reconocer las facciones de la infancia en los rasgos desenvueltos y pronunciados de la edad viril.

La escuela de las formas pues (á quien llamaríamos clásica sino fuera de miedo de sacar á la luz una palabra que de puro usada ha venido á gastarse enteramente) estancada en su principio de imitación, y desdenando como una rebelión toda espontaneidad, se quedó atrás en el movimiento maravilloso de las ideas de medio siglo á esta parte, dejó de ser la expresión moral de la sociedad, y perdió de consiguiente la preponderancia y valimiento que le habían adquirido la fuerza de los sucesos por una parte, y por otra las levantadas obras de distinguidos ingenios.

Este es el secreto de la revolución literaria que ha venido en pos de la política como un preciso y lógico corolario. Los vestidos del niño no venían bien al mancebo, y las nuevas emociones, los nuevos cuidados y las esperanzas nuevas también que brotaron en el seno de la removida humanidad, hubieron de buscar un medio de manifestarse.

Desgraciadamente roto el orden antiguo y sin bandera especial en que filiarse, porque ningún sistema había bastante robusto y acreditado para atraer á sí las voluntades, caminaron descarriados los ingenios, vivos en su memoria los abusos del poder caído y aguijoneados los ánimos por el instinto de la curiosidad y por legítimas esperanzas de gloria y nombradía. De este modo el impulso dado á los espíritus hubo de ser por fuerza reaccionario, y de pasar más allá del límite señalado, convirtiéndose en licencia la racional libertad por tan legítimos medios conquistada.

Se notaron de consiguiente en esta reforma los inconvenientes que de ordinario suelen acompañar á todas, en especial si no se preparan prudentemente y los sucesos no las van trayendo como de la mano. La forma antigua se reconoció como insuficiente y pobre, y una sociedad pensativa y seria quiso hallar además en el fondo de tales obras pensamientos y hechos morales dignos de su tendencia espiritualista y analítica. Así que, las dos cuestiones que componían el problema literario, la del fondo y la de la forma, la del pensamiento y de la ejecución tuvieron que resolverse de nuevo, y como los términos de semejante problema son por su índole vagos é indeterminados, ha venido á resultar que durante un largo periodo los ingenios han caminado á tientas por la senda literaria, y que aun cuando en el día, depuesta toda tendencia reaccionaria, se van acercando á un término de limitado y razonable ensanche y de templada y consoladora filosofía, sin embargo todavía se nota incertidumbre en su marcha, al paso que descuella en sus ideas ese es-

píritu de escepticismo y discusión que parece ser el carácter más marcado del siglo presente.

ENRIQUE GIL.

## CEMENTERIO

DE LA

SACRAMENTAL DE S. NICOLÁS.

Desde que acertadamente se prohibieron los enterramientos en los templos como medida de salubridad para evitar las consecuencias fatales ocasionadas por la corrupción de los humanos restos depositados en aquellos sitios contra el decoro de los mismos, se tocó la necesidad de establecer un sistema particular en los cementerios entonces edificados, y para despreocupar en cierto modo al pueblo de las ideas extrañas que pretendía encubrir so color de cristiana piedad, se construyeron los panteones y nichos, y se autorizó á corporaciones religiosas para levantar extramuros de las poblaciones edificios que consagrados recibiesen sus restos y los de sus familias, como tan conforme esta providencia con la libertad que debe acompañar al hombre para disponer de sí aun después de sus días.

Sin embargo, algunos que por su posición debieron solo fomentar aquella institución, cuando en manera alguna se sustraían los individuos de las corporaciones á la protección que la iglesia dispensa á los católicos, se convirtieron en instrumento de vejación, imponiendo preceptos ridículos con mengua de la civilización y de las regalías que un sistema de libertad asegura al ciudadano. Pero estas persecuciones infundadas no consiguieron destruir tales principios, porque las corporaciones que hoy tienen cementerios propios, se esmeran cada vez más en preparar á las cenizas de sus individuos un lugar santo y decoroso en que reposen, gozando con honrarlas un consuelo que la gentilidad no desconoció.

Entre las que se distinguen por este medio se halla la real ilustre y muy antigua archicofradía sacramental de S. Nicolás de Bari y hospital de la Pasión, cuyos celosos individuos concibieron la idea de fundar un cementerio particular, extramuros de la puerta de Atocha, y obtenida que fué la real gracia, la del supremo consejo y arzobispado, contribuyeron á ello cada uno en proporción á sus haberes, y aumentaron considerablemente la cuota de sus entradas para realizar su proyecto con fondos propios, lo cual consiguieron muy en breve.

El crecido número de personas de todas categorías que se inscribieron en esta archicofradía por disfrutar de tales prerogativas, y evitar el que viniendo á un estado de pobreza fuesen conducidos sus restos al osario general destinado por la visita eclesástica al que no paga anticipadamente las localidades privilegiadas, llenaron las casillas de aquel cementerio, y por lo tanto fué necesario emprender una ampliación y reforma en él, para lo cual levantó los planos el joven arquitecto D. José Alejandro y Alvarez, cuya aplicación llegará indudablemente á colocarle en el distinguido lugar que al mérito corresponde, porque sus tareas han escedido á los deseos de la corporación, por el tino con que el Sr. Alejandro ha conciliado la economía con las atenciones de la archicofradía, proponiéndose embellecer en la parte que le ha sido po-